

SONIDOS
DE GUERRA

I

Madrid: años cuarenta La recompensa de los vencedores

1

—Señora, acaban de traer la remesa de nuevos críos que estábamos esperando.

Angustias, la supervisora del hogar de clasificación del Auxilio Social, informaba eufórica a la directora. Impertérrita, doña Josefa Trujillo apenas levantó la vista por encima de sus gafas de carey de los papeles que estaba revisando, para preguntar lo único que le interesaba: cuántos eran y en qué condiciones llegaban.

—Son cincuenta —respondió la otra en el acto—, todos con lo mismo de siempre. —Angustias hablaba de desnutrición, piojos, sarna, ojos pitarrosos y toses continuas.

—¡Pues entonces no me moleste, mujer! Ya conoce el protocolo.

El protocolo al que se refería doña Josefa era el rutinario cuando llegaban niños nuevos al hogar de clasificación. Todos pasaban a una sala grande de recepción donde se les despojaba de las ropas que traían, se les rapaba el pelo al cero, se les aplicaba una ducha de agua fría, y por último se les rociaba con fliz. Una vez hecho esto, separaban a los niños de las niñas y los distribuían por edades, sin tener en cuenta si en el grupo iban hermanos. Después eran trasladados al ropero, donde les proporcionaban un uniforme de falange, que a partir de ese momento sería

su atuendo cotidiano. En este hogar pasaban solo el tiempo que tardaban en distribuirlos entre los distintos hogares repartidos por Madrid y su provincia.

—Perdóneme, doña Josefa —insistió Angustias—, pero si me he atrevido a molestarla, es porque en este grupo hay una excepción. Se trata de uno de los chicos —por un momento la cuidadora logró atraer la atención de su superior, que arqueó las cejas no sin cierta impaciencia—, un crío que posee todas las características que estábamos buscando: unos cuatro o cinco años, muy blanquito de piel, pelo castaño, sin piojos y parece bien alimentado.

—¿Marcas?

Angustias negó con la cabeza.

—¿Papeles?

—No, viene como todos, indocumentado.

—Eso está muy bien, es una buena noticia —asintió doña Josefa—. Cuando termine de revisar estas facturas, le echaré un vistazo y si es como dices, avisaremos a los de la jefatura provincial para que se pongan en marcha. —Las dos mujeres se miraron largamente con una mueca de complicidad: si la operación salía bien, les iba a reportar un buen dinero—. Puedes retirarte, ¡buen trabajo!

—Gracias, doña Josefa.

La cuidadora salió del despacho y se encaminó hacia el comedor para echar una última ojeada. Mientras se dirigía hacia allí, disimuladamente comprobó que entre sus ropas continuaba bien escondida la documentación que pertenecía al niño nuevo.

2

Angustias era oriunda de Cuenca, la mayor de las tres hermanas nacidas en el seno de una familia de trabajadores acomodados. Su padre, Ramiro Zamora, era el asentador de la Compañía de MZA

y debido a su cargo poseía una vivienda independiente anexa al edificio de la estación del ferrocarril. La madre, Sagrario, era de Huete, una población situada a unos treinta kilómetros de la capital. Hija del secretario del Ayuntamiento —don Francisco Rodríguez, apodado «el Jaro»—, conocía a su marido desde muy jóvenes, pues don Francisco llevaba a su única hija a la capital cada vez que las obligaciones de su cargo requerían su presencia en las administraciones del gobierno provincial. Cuando terminaba su tarea, mientras se le hacía la hora de tomar el tren a Huete, departía con el asentador una animada charla en los andenes de la estación, situación que aprovechaban los jóvenes para hablar de sus cosas, intercambiar miradas y con el tiempo a escabullirse de sus progenitores y darse algún que otro beso furtivo. Un buen día les confesaron que estaban enamorados y fijaron la fecha de su enlace, que se realizó en la iglesia de la Merced, en el pueblo de la novia. Después de un breve viaje de novios a Barcelona se instalaron en Cuenca en la casa familiar, ya que pronto Ramiro heredaría el puesto de asentador que tras su retiro dejaba libre su padre.

Angustias era la mayor de tres hermanas. Había llegado al mundo en 1912, al año de casarse sus padres, y había vivido su infancia y juventud con las facilidades de una chica cualquiera de la clase media provinciana. Esbelta, morena, de complexión atlética, sus ojos grandes y negros de mirada profunda hacían de ella una joven bastante atractiva, aunque desde niña padecía una leve cojera en la pierna derecha, y esa pequeña falta —casi imperceptible a ojos ajenos— había ido creando en ella un complejo de inferioridad que se traducía en un carácter hosco e introvertido y una envidia obsesiva. Y fue en gran parte esa inseguridad enfermiza la que provocó que en julio de 1936 se viese obligada a huir a Madrid tras protagonizar un suceso que marcaría su vida.

Aunque su padre era republicano, fiel seguidor del partido de Manuel Azaña y por tanto de ideas liberales, la madre se había

empeñado en educar a las tres hermanas en la fe católica y tradicional, bajo la batuta de las rígidas normas de la sociedad de una pequeña ciudad de provincias. Así, fe y tradición las definieron desde la pila bautismal de la iglesia que las acogió a todas. Para Angustias, el nombre de la Virgen de la que eran devocionarios gran parte de los conquenses, en cumplimiento de la promesa que hizo Sagrario a la patrona de la ciudad en la antesala de lo que se preveía iba a ser un parto complicado; para las otras dos, siguiendo la costumbre en el árbol genealógico familiar, los nombres de sus dos abuelas: Concepción y Paz.

Las tres chicas Zamora podían vivir dedicándose a ayudar a su madre en las tareas domésticas, pero prefirieron aprender un oficio que, además de proporcionarles un medio de vida si no encontraban marido, les brindase la posibilidad de salir diariamente de casa sin tener que esperar al domingo, después de la misa de doce en la iglesia de San Esteban, para poder lucirse en el paseo más concurrido de la ciudad: Carretería. A diferencia de sus hermanas, que optaron por el oficio de sombrereras, a Angustias le atrajo la mecanografía. Prefería el ambiente abierto entre chicas y chicos de la academia de don Agapito Márquez, antes que el asfixiante círculo de unas cuantas muchachas que, al compás de la aguja y el hilo, intercambiaban los cotilleos más recientes acaecidos en el estrecho y monótono círculo provinciano. Así, cada mañana a las nueve en punto, las tres emprendían el camino desde la estación hasta el parque de San Julián, donde se separaban: Angustias tomaba la ruta hacia la calle Carretería donde estaba la academia de mecanografía, y las dos pequeñas seguían hasta cruzar el puente de San Antón sobre las verdosas aguas del Huécar, y desde allí afrontar la subida de la empinada cuesta que desembocaba en el taller de sombrerería de doña Paquita Remacha, situado en una de las viviendas de la Plaza Mayor.

Centro neurálgico de la ciudad, a las doce de la mañana la plaza se llenaba de todo tipo de gentes, desde los tenderos de los

pueblos que se acercaban a la capital para abastecer sus colmados, hasta las marmotas ataviadas con sus almidonados mandilones blancos que corrían a realizar los pequeños recados de sus señoras, pasando por los más ancianos, que aprovechaban los altos rayos de sol para instalarse en los bancos de piedra frente a la majestuosa e inacabada catedral y conversar con sus contertulios sobre los acontecimientos de todos los días o añorar la bonanza de otros tiempos mejores. Aun así, a las nueve y media, cuando las chicas llegaban al taller, la plaza era casi para ellas: apenas deambulaban como sonámbulos los barrenderos apoyados en los largos palos de sus cepillos, los encargados de los comercios que iban preparando sus escaparates y, cómo no, los clientes de los cafés que a esa hora apuraban el líquido negro en tazas de loza blanca y los churros dorados mientras ojeaban los periódicos del día.

En Cuenca, la Plaza Mayor era el corazón... pero para las chicas, el alma estaba en Carretería. Era allí donde se reunían las tres hermanas y su círculo de amigas de esas de las de toda la vida —Matilde, la hija del dueño del cine Royal junto al paso a nivel; Adela, hija del maestro don Hipólito; y Fernanda, la de la dueña de la sombrerería—. En ese escenario compartían cotilleos, diversiones, travesuras y lo más importante, el correspondiente paseo de después de la misa de doce de los domingos, hasta la hora de comer. Ese era el día preferido de las muchachas, ya que, además de disfrutar de los escaparates de las tiendas de moda que salpicaban la amplia avenida de Carretería, por allí desfilaban un sinnúmero de chicas y chicos en busca de posible pareja.

Para cuando arrancó la guerra, ya hacía casi un año que la mayor de las Zamora estaba en relaciones con Paulino, un joven empleado de telégrafos. Un buen día, al poco de ponerle los ojos encima, decidió que el muchacho sería para ella, y desde entonces Angustias estaba obsesionada con aferrarse a su presa: no permitía que ninguna hablara con él más de cinco minutos seguidos, convencida, como a veces les decía a sus hermanas, de que

alguna se aprovecharía de la timidez y la falta de personalidad de Paulino para robárselo a ella. Daba igual lo que le dijeran —«Todas saben que es tu novio, nadie tiene intención de robártelo», aseguraban—, que no había forma de aplacarla.

—Sí, sí, eso me decís —protestaba, y se callaba lo que tenía en mente: que les veía la envidia en los ojos porque ninguna de sus amigas había logrado que un hombre la quisiera y, como ya iban cumpliendo años, no le extrañaría que estuvieran al acecho para robarle a su Paulino, el amor de su vida.

El novio de Angustias era hijo único, huérfano desde los cuatro años de un ayudante de la farmacia de los Mombiedro. Tras la muerte de su padre, la madre había volcado en él todo su afecto y lo había envuelto en un halo de protección tan agobiante como obsesivo; aun así Paulino siempre se mostraba solícito y cariñoso con ella y trataba de complacerla en todas sus demandas y con el tiempo el muchacho se había convertido en el asidero no solo afectivo, sino incluso económico. Después de asistir a la escuela, entró a trabajar a las órdenes del telegrafista titular como ayudante en el vetusto edificio de las oficinas centrales de la ciudad en la plaza de Antonio Maura. Con él aprendió la utilización de este ingenio, hasta hacerse un experto en el manejo tanto del sistema Morse, como del Breguet y hasta del arcaico Jouselin, y cuando su maestro se retiró, Paulino pasó a ocupar el grado de oficial de primera en la oficina, circunstancia que le hacía ser el primero en enterarse de todas las noticias buenas o malas que afectaban a los conquenses.

Además de verla pasear los domingos por Carretería, a Angustias la conocía de la oficina de Correos, pues era ella la que normalmente se encargaba de llevar y traer la correspondencia de su casa —a la chica le encantaba meter los sobres dentro de las enormes fauces del león de bronce del reluciente buzón de Correos—. Le había gustado desde el primer momento en que la vio porque percibía en la joven una gran personalidad y fortaleza,

cualidades que reconocía que a él le faltaban, e intuía que él tampoco le era indiferente, pero su gran timidez y el temor a lo que pudiera pensar su madre le impedían cruzar con ella más palabras que las estrictamente necesarias para la facturación o recogida de la correspondencia. Tuvo que ser Angustias la que tomara la iniciativa para que Paulino la invitara a compartir el paseo de los domingos.

Un buen día llegó a la oficina postal con ese propósito, puso en él todo su empeño y coquetería —provocándole con caídas de ojos, roces casuales y sonrisas llenas de promesas antes de despedirse con un «Te espero el domingo a la salida de misa de doce»—, y el domingo siguiente el muchacho estaba como un clavo al término del oficio religioso en la puerta de la iglesia de San Esteban.

Paulino carecía de la menor experiencia y se sentía realmente atraído por Angustias. Se excitaba tanto cuando pensaba en ella, que al principio no consideró importante la exclusividad que le exigía su novia, ni los celos que a menudo se le desataban cuando intuía que podía haber mirado a otra muchacha en el paseo. Lo interpretaba como una señal de verdadera pasión y amor hacia él. Sus amigos solían bromear en este sentido, pero él hacía oídos sordos e insistía en que era pasajero y sin duda motivado por la atracción mutua. Toda la semana se la pasaba pensando en el siguiente momento en que se verían a solas. En cuanto podían se aventuraban por la carretera que conducía a la Ciudad Encantada siguiendo la linde que formaba en su curso la hoz del Júcar: habían encontrado un escondite detrás de un gran olmo en la orilla del río en el que, camuflándose del resto del grupo, ambos daban rienda suelta a sus pasiones con una furia casi salvaje. Lo consideraban su refugio secreto y acudían siempre que podía escabullirse él de su trabajo y ella, de la estrecha vigilancia de su madre.

Así transcurrían sus vidas hasta que un domingo de finales de junio de 1936, a la hora de la misa, Adela se presentó con una prima suya que había llegado de Madrid para quedarse una tem-

porada en Cuenca. Sus padres la habían enviado allí a pasar el verano y protegerla del mal ambiente que se estaba fraguando en la capital, con un montón de huelgas, revueltas y atentados, que de seguir así no derivarían en nada bueno.

La madrileña enseguida pasó a ser el centro de atracción del grupo. De carácter dulce y apacible, Andrea parecía la misma imagen de una Virgen de cera: melena rubia como el trigo antes de la siega, ojos rasgados color miel y labios carnosos y sonrosados le conferían una belleza tan especial, que al instante se convirtió en la admiración del paseo de los domingos. Para las demás muchachas representaba la modernidad y el aire fresco de la gran ciudad; para los chicos, la novedad y la tentación frente a las ya más que vistas jovencitas de Cuenca y su mojigatería. Nadie se resistía a su encanto. La única que mostraba reticencias era Angustias, que veía a la chica como una rival en potencia, libertina y presumida, que con su actitud de mosquita muerta se aprovecharía de su labia para robarle a Paulino. En cuanto oía el mínimo comentario sobre Andrea, ya fuera de sus hermanas o de su novio, aprovechaba para montar una buena trifulca.

—Siempre estáis con la misma canción: que si Andrea esto, que si Andrea lo otro... ¡Parecéis tontas! Solo os falta que se os caiga la baba al mirarla —les increpaba a sus hermanas con aire de suficiencia—. Como os descuidéis, os va a quitar los pocos pretendientes que os quedan.

—¡Eso no es cierto! —replicaban ellas—. Nos está revelando sus trucos de belleza.

—¿Y qué trucos son esos?

—Ayer me explicó qué hace para tener el pelo tan dorado.

—¿Se lo tiñe? —las picó Angustias.

—Se lo lava con agua y un puñado de cal viva y luego se lo aclara con manzanilla, y así consigue un color y un brillo tan bonitos.

La mayor rio de buena gana.

—Lo que yo digo, sois tontas de remate. Eso os lo dice para que lo hagáis vosotras y os quedéis sin pelo y así ella seguirá siendo la más guapa. ¡Tontas, más que tontas! Pues a mí no me la da: yo sé que es una fresca y como la vea acercarse a mi Paulino, ¡le saco los ojos y la dejo sin un pelo!

Inmersas en estas riñas adolescentes, las graves noticias que cada día se escuchaban en la radio y portaban los periódicos locales sobre el desenlace de un inminente golpe de Estado en Madrid no alteraban el ritmo cotidiano de la familia Zamora, y apenas distraían el ánimo de la ciudad y sus habitantes. Solo Andrea, que solía frecuentar la oficina de Correos para comunicarse con sus padres, sentía cierta inquietud por la situación y por las consecuencias que pudieran acarrear a los suyos. En esos momentos era a Paulino a quien confesaba sus temores, y el muchacho siempre trataba de tranquilizarla.

—No te inquietes. Seguro que solo son rumores y en cuanto empiece el verano y la gente comience a salir de Madrid, todo se disipará.

—No lo creo, Paulino —contestaba ella muy preocupada—, esto ya viene de largo. Cuando mis padres decidieron enviarme a Cuenca con mis tíos y mi prima, ya estaban las cosas muy revueltas.

—No te alarmes antes de tiempo. Si ocurriera cualquier cosa, tus padres se podrían trasladar aquí. Esta es una ciudad pequeña, nos conocemos todos, y claro que hay personas que no están de acuerdo ni con la República ni con el Gobierno del Frente Popular, pero no creo que aquí llegue la sangre al río.

El muchacho había ido acostumbrándose a la serenidad que le transmitía Andrea, y pasaba la semana esperando el día que aparecía en la oficina con la correspondencia. Había llegado a sentir un afecto sincero por la muchacha, aunque él no la veía como los demás chicos, que solo apreciaban su físico: Paulino percibía una mujer sensible, dulce, bondadosa y llena de generosidad, y en cosa de semanas estos sentimientos le habían ido des-

pertando una gran atracción por Andrea, al mismo tiempo que le provocaban un cierto distanciamiento de Angustias. Cada vez se notaba menos receptivo a las provocaciones apasionadas en su escondite en el recodo del río, lo que desencadenaba los constantes reproches de su novia.

La víspera del 18 de julio de ese año 1936, Angustias lo encontró más preocupado y ausente que en días anteriores.

—Chico, no sé qué te ocurre —resopló—, últimamente te noto distante, no me escuchas cuanto te hablo, ¡parece que estás en Babia! ¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó mientras le observaba atentamente.

—¡Nada, mujer, no me pasa nada! Solo estoy preocupado por las noticias que llegan de Madrid... Esta mañana hemos interceptado un cablegrama que iba dirigido a la comandancia de la Guardia Civil, alertándolos sobre una posible declaración de estado de guerra. Según parece, ayer desde África el general Franco se levantó en armas contra el Gobierno y la República.

Angustias se llevó la mano a la boca.

—Pero eso es muy grave, ¿no? —Él no contestó—. Y ¿qué pasará ahora?

—Pues no sé, pero si esto acaba en guerra, habrá que luchar para salvar la República.

La chica se puso de pie. Le brillaban los ojos de puro enfado.

—¿Y a ti qué te importa eso? —le espetó—. ¡Que lo resuelvan otros! Tú no tienes necesidad de meterte en líos. Nosotros lo que tenemos que hacer es prometernos ya de una vez y casarnos, que ya es hora.

Paulino no replicó a su novia y tras unas cuantas frases que sonaron extrañamente vacías, ambos tomaron el camino a casa y se despidieron como siempre hasta el siguiente día.

El día 18 por la mañana ya era del dominio público que la rebelión militar se había extendido por toda la Península. El ajetreo en la oficina de Correos era tan grande que Paulino no repa-

ró en la presencia de Andrea hasta que ella le llamó varias veces por su nombre, hecha un mar de lágrimas. Al verla tan afligida, abandonó su puesto en el telégrafo y salió de detrás del mostrador para consolarla. Estaba tan nerviosa y alterada que no alcanzaba a comprender lo que trataba de decirle, pero se lo imaginaba, así que en un arranque de espontaneidad la abrazó y susurró a su oído palabras de aliento.

—Tranquila, no llores —decía mientras apartaba los mechones de cabello rubio de los llorosos ojos y la apretaba con fuerza contra su pecho.

Andrea no lograba articular ni una frase, solo salían de sus labios palabras entrecortadas —«mis padres», «no podré volver a verlos», «qué será de ellos...»—. Paulino, por su parte, le hablaba bajito sin soltarla.

—No te preocupes. Según la información que tenemos, no todos los militares están de acuerdo con el levantamiento: hay ciudades que se mantienen fieles a la República y Cuenca es una de ellas, así que aunque España quede dividida en dos zonas, con Madrid tendremos comunicación directa, tanto por carretera como por ferrocarril. Podrás ir a tu casa o ellos podrán venir aquí...

Le llevó un buen rato serenarla, pero al fin Andrea fue recorriendo el aliento y, un tanto turbada al advertir que había estado abrazada al muchacho, puso un telegrama a sus padres para asegurarse de que estaban bien y después abandonó la oficina y dejó a Paulino enfrascado en la ferviente actividad desatada por el levantamiento militar. Tan ensimismado estaba, que no reparó en la presencia de su novia en el vestíbulo del edificio. Alterada por las noticias que acababa de oír en la radio, Angustias había salido corriendo de casa hacia la oficina de Correos en busca de Paulino, y tras sortear el tumulto de gente que se agolpaba en el vestíbulo, llegó justo a tiempo de ver a Andrea y su novio fuertemente abrazados. El impacto fue tan grande que de momento no supo cómo reaccionar: pensó en abalanzarse sobre ellos, agarrar a An-

drea por los pelos y arrastrarla hasta la calle, pero frenó su impulso y decidió abandonar la oficina sigilosamente y urdir una buena venganza. «Esa zorra —pensó— se va a arrepentir de haber intentado arrebatarme a mi novio.»

Para cuando Paulino salió ese mediodía del trabajo, en las calles se respiraban aires nuevos, más sombríos que horas antes: casi todas las tiendas habían echado los cierres sobre las puertas y un buen número de hombres con el mono azul de trabajador industrial, y fusil, escopeta o pistola en mano, deambulaban por la ciudad increpando a todo aquel que, bajo su punto de vista, tuviera aspecto de burgués. Aceleró el paso para llegar a casa cuanto antes, inquieto, sí, pero también extraña e inoportunamente feliz: no podía quitarse de la cabeza la sensación que había experimentado al abrazar a Andrea, era como si miles de mariposas se le hubieran instalado en el estómago y le provocaban un cosquilleo más que agradable. Las solapas de su chaqueta y los manguitos negros que cubrían las mangas hasta los codos aún seguían impregnados del perfume de la chica, y pensó para sí que ese sentimiento no se parecía en nada a lo que en él despertaba Angustias, la excitación que desataba y el anhelo de satisfacer sus instintos de hombre. Un sentimiento tan puro y esa ternura jamás los había sentido por su novia.

Al llegar a casa se encontraba demasiado impactado por esta revelación como para poder comer o entablar conversación con su madre, así que tras un beso fugaz de saludo y con la excusa de que le dolía la cabeza, se retiró a su alcoba y tras desembarazarse de dos patadas de los zapatos, se dejó caer sobre la cama. Tenía mucho que meditar. De repente se daba cuenta de que estaba enamorado de Andrea y que por Angustias ya no sentía nada. Como un refuerzo, de golpe llegó a su mente lo que le decían sus amigos sobre la tiranía con la que le trataba su novia, sus celos enfermizos, sus cambios de humor y sus exigencias... ¡Sus insinuaciones cada vez más habituales de que la madre de Paulino

tendría que ingresar en un asilo en cuanto ellos dos se casasen! Y lo vio todo claro: el futuro lleno de reproches y órdenes, vacío de amor, que le esperaba si seguía a su lado. Ella se había apoderado de su voluntad y ya lo tenía todo pensado y organizado: había dispuesto que, cuando se casaran, la madre de Paulino se tendría que trasladar al asilo de San Martín, pues como tendrían hijos, la habitación que ocupaba la anciana la necesitarían y era mejor que quedase claro desde el principio. Ahora recordaba cómo con una gran dosis de zalamería se lo decía continuamente.

—Paulino, tienes que ir ya diciéndole a tu madre que no va a vivir con nosotros. Es conveniente que se vaya haciendo a la idea y luego no tengamos escenas de lloros que te creen complejo de culpa.

—Ya habrá tiempo para eso —le respondía él siempre. Ante la respuesta, Angustias se desesperaba y, abandonando la táctica melosa, pasaba a la no menos embaucadora de la histeria y le reprochaba entre fuertes sollozos.

—Eso es que no me quieres lo suficiente como para separarte de tu madre. A ella la quieres más que a mí. Yo, que te he dado todo mi amor, y te he ofrecido mi cuerpo y mi honra. ¡Mira cómo me pagas!

Recordando las palabras de su prometida, cerraba los ojos con fuerza y trataba de borrarlas de la cabeza. De no ser por el encuentro con Andrea, habría cedido en enviar a su madre al asilo, y eso le hizo experimentar un gran remordimiento. Le asaltó un desprecio hacia sí mismo y hacia la que había sido su novia que no podía remediar. Tenía que cortar cuanto antes con esa situación. Tal vez Andrea no le quisiera, tal vez solo él sintiese algo por ella, pero lo que tenía claro era que debía romper su compromiso con Angustias. Pensó que esa guerra con toda su crueldad había servido para ver la luz al final del túnel en el que había estado metido. Esa noche, su destino ya había empezado a cambiar bruscamente de rumbo.

Apenas unas horas antes, Angustias había salido de Correos ciega de rabia, y había cubierto la distancia entre la plaza de Antonio Cánovas y la estación pensando en cómo articular su venganza. Cuando entró en su casa, toda la familia estaba reunida en el comedor comentando la situación de caos y haciendo cábalas acerca de lo que pasaría a partir de aquellos momentos, pero ella ni saludó y se fue directamente a su alcoba. Permaneció allí dos días pensando y observando por la ventana todo lo que sucedía en la calle, así vio las piras de imágenes de santos abocadas a las llamas, el humo que seguía al ruido ensordecedor de los disparos, y el coche negro con grandes calaveras blancas pintadas en las puertas, que recorría de tanto en tanto la carretera: cuando venía hacia la estación iba al menos con cuatro pasajeros y varios hombres con mono en los estribos, mientras que a la vuelta el interior ya estaba desocupado.

Nada más salir de su encierro, sus hermanas le contaron lo que estaba pasando en la ciudad:.

—Hay un revuelo en todo Cuenca que no te puedes ni imaginar. Están quemando las iglesias y a los santos los sacan fuera y los fusilan, y hasta al Longinos del paso de Semana Santa lo han puesto con una escopeta en el puente de San Antón haciendo guardia y todo el que pasa se mofa de él, igual que hacen con Jesús en la procesión de los Borrachos en Semana Santa —le dijo Paz.

—Ha llegado de Madrid un cabecilla anarquista, un tal Cipriano Mera, y se ha traído más de cien hombres armados con escopetas y fusiles —añadió Concepción—. Dicen que estarán aquí hasta que la situación quede totalmente aclarada y Cuenca esté libre de militares desleales.

—¿Te acuerdas del Demetrio, ese que tiene las patillas tan largas? —preguntó la menor. Una y otra se quitaban la palabra—. Pues le han nombrado jefe local de la CNT y junto con un grupo del sindicato se dedican a dar el paseo a los que ellos llaman bur-

gueses o son muy católicos. La otra noche se acercó a casa y le dijo a padre que cualquier día se lo dan a él. Padre se quedó sin habla y madre se puso a llorar como una loca, y los otros se fueron riéndose a carcajadas.

—¿Y qué es eso del paseo? —preguntó Angustias, más intriga-
gada que nerviosa.

—Según nos contó madre, por las noches van a buscar a sus casas a los ricos, los que son muy religiosos o cualquiera que les digan que es de derechas. Los sacan a la fuerza y los meten en un coche, los llevan hasta el cementerio y allí delante de las tapias los fusilan y los dejan tirados hasta que al día siguiente van sus familias a recogerlos para enterrarlos, aunque a algunos sus parientes los dejan allí, porque tienen miedo de que al llevarse a sus muertos los detengan también a ellos.

A partir de ese momento, Angustias dejó de escuchar nada, se quedó muy pensativa y a los pocos minutos les anunció que tenía que salir a un recado.

—¡Decidle a madre que enseguida vuelvo!

Luego, sin escuchar las advertencias de sus hermanas sobre lo peligroso que resultaba andar por las calles, corrió escaleras abajo hasta alcanzar la puerta de la calle y se perdió en el tumulto del exterior.

Hacía ya tres días desde que se declaró el estado de guerra y Paulino no había vuelto a ver a Angustias, le extrañaba que no se hubiera puesto en contacto con él, pues tenía por costumbre llamarle por el teléfono de la oficina del jefe de estación para hablar o para quedar en su lugar secreto. De todas formas, no hubiera podido verla porque había estado ocupado día y noche atendiendo a las comunicaciones, tan necesarias en esos momentos de crisis. Por propia convicción, Paulino se había puesto a disposición del gobernador de la ciudad para atender la oficina de Correos, y

por ese lado no había tenido problemas. Lo que le estaba preocupando eran los grupos de milicianos de la CNT, empeñados en que para demostrarles su valor y fidelidad a la clase trabajadora, una de esas noches tendría que acompañarlos a dar el paseo a unos cuantos burgueses.

Había estado resistiéndose todo lo que pudo argumentando la necesidad de permanecer en su puesto como experto en las comunicaciones, pero esa noche del 21 de julio no tuvo más remedio que ceder a las presiones y acompañar a los que él consideraba unos asesinos, pues no estaba de acuerdo con esos métodos que sembraban el pánico tanto en vecinos de izquierdas como de derechas.

A las doce de la noche pasó a buscarle la pandilla de Demetrio —ya conocido por todo Cuenca como «el Sustos»—. Llegaban desde el edificio de la Unión y el Fénix expropiado a la compañía de seguros, a bordo del coche negro ya cargado con cuatro personas camino del cementerio. Cuando se encaramó al estribo, Paulino observó que uno de los del grupo de Demetrio llevaba manchada de rojo la cara.

—¿Qué pasa? ¿Es que te pone malo ir a matar a unos cuantos fascistas? —le increpó el miliciano al ver que se le quedaba mirando.

—No, no es eso —le contestó él. Señaló la mejilla—: Llevas sangre.

—¡Ah, bueno! Es porque esta noche ya nos hemos cargao a unos cuantos —explicó—, este es el segundo paseo que damos.

En poco menos de diez minutos hacían bajar a los detenidos frente a la tapia del cementerio, y a culatazos los obligaron a avanzar hasta que se colocaron junto al grupo que yacía en el suelo con el cuerpo acribillado a balazos. La noche era calurosa y especialmente oscura, y uno de ellos gritó a otro que dejara los faros del coche encendidos para que los tiros fueran certeros. Al ver el dantesco espectáculo y sentir el olor a pólvora y sangre que

flotaba en el ambiente, Paulino sufrió un ligero mareo y se fue detrás del vehículo para vomitar todo lo que tenía en el estómago. La vio justo cuando se daba la vuelta para regresar con el grupo. Por un segundo pensó que se había equivocado, pero según se aproximaba reconoció el inconfundible reflejo dorado de su cabello. Un mechón se le había quedado pegado al rostro, atrapado para siempre en el hilillo de sangre que le cruzaba la frente.

Demudado y fuera de sí, cayó de rodillas junto al cadáver de Andrea, y las detonaciones de los disparos que acabaron con la vida de los infelices de esa nueva tanda de la noche apenas lograron amortiguar el aullido de dolor que salió de su garganta. En las ansias de matar, ni siquiera le habían echado en falta.

—Pero ¿qué te pasa, desgraciao?, ¿es que has visto un fantasma? —le increpó uno al verle en ese estado—. ¡Vaya susto!

Paulino no respondía. Había incorporado del suelo el cuerpo sin vida de la chica y, abrazado a ella, se mecía al compás envuelto en un llanto desconsolado. El Sustos, al ver la escena, se acercó al muchacho y de un puntapié lo separó del cadáver, pero él se incorporó y trató de coger de nuevo el cuerpo de Andrea. Tanta insistencia estaba exasperando al cabecilla.

—¡Pero chorra! No sabía que te gustaba tanto la fascista esta. De haber estao al corriente te hubiéramos llevao con nosotros al cuartelillo y hubieras disfrutao un poco como nosotros antes de cargárnosla.

Fue escuchar esas palabras y Paulino saltó como un resorte sobre el cuello de su interlocutor.

—¿Qué habéis hecho, animales? ¡Asesinos! —gritaba—. Ella no era fascista. ¡No era fascista!

Los otros tres se abalanzaron sobre él y lograron liberar al cabecilla, que manoteaba desesperadamente en un intento de liberar la garganta. Al segundo quedaba sometido en el suelo, y el Sustos tosía de forma compulsiva y se masajaba el cuello. El lí-

der de los milicianos acercó su cara a la de él, hasta el punto de que Paulino pudo percibir el olor ácido de su aliento, mezcla de tabaco y alcohol.

—Mira, hijoputa, no te mato aquí mismo porque me consta que nos eres necesario en la oficina de Correos, pero no vuelvas a cruzarte en mi camino porque te juro que te pego un tiro que te reviento la cabeza, ¿estamos? Además, el chivatazo nos lo ha dado esa novia tuya, la coja: pídele explicaciones a ella, nosotros ejecutamos a todos los denunciados. Y ahora —continuó el cabecilla— levanta y vete de mi vista antes de que me arrepienta.

Dos minutos más tarde, el coche de las calaveras se puso en marcha y desapareció en la oscuridad de la noche, dejando solo el rastro de polvo que arrancaba del reseco camino. Paulino permaneció horas a unos metros del sitio donde se apelotonaban los cuerpos, destrozado, luego se incorporó como pudo y emprendió el camino hacia su casa. Estaba desorientado y muy confuso, no sabía qué hacer, solo sabía que no podría continuar viviendo con el peso del asesinato de Andrea sobre su conciencia... tanto más ahora que tenía la seguridad de que Angustias había sido la autora de la denuncia. Conforme andaba se iba preguntando hasta dónde sería ella capaz de llegar con tal de manipularlo para hacer con él su santa voluntad. Visto el horror de esa noche, estaba seguro de que llegaría tan lejos como su capricho y crueldad se lo permitieran. Temía incluso por su propia madre, y consideró que era urgente que tomara una determinación antes de que ella terminase con todo aquel a quien él amara. No estaba dispuesto a vivir cada día con esa amenaza. Siguió el camino concentrado en estos pensamientos, solo distraídos por el agudo chillido de los búhos y el canto acompasado de los grillos, y ya se asomaba a las primeras luces mortecinas del inicio de la carretera que se adentraba en la ciudad cuando lo decidió.

Media hora después entraba en la oficina, inmersa como du-

rante los últimos días en una actividad frenética, y se dejaba caer a plomo en su silla de trabajo, con la cabeza entre las manos, sopesando bien lo que pensaba hacer. Al rato tomó lápiz y papel y escribió una nota a Angustias citándola en su lugar secreto del río a primera hora de la tarde del día siguiente; luego escribió otras dos cartas y las guardó en el bolsillo interior de su chaqueta antes de emprender el camino a casa.

Esa tarde Angustias no había hecho caso a las advertencias de sus hermanas y había encaminado sus pasos hasta el cuartelillo, sede del grupo anarquista que tenía atemorizada a la ciudad. Iba tan convencida y llevaba tanta sed de venganza, que no había reparado ni en el caos en que se había convertido la ciudad, ni en las barbaridades que le decían los grupos de milicianos que se encontraba a su paso. A ella solo le bullía una idea en la cabeza: venganza.

Cuando por fin alcanzó el edificio de la Unión y el Fénix, se dirigió a dos tipos que estaban haciendo guardia.

—¿Está el Demetrio? ¡Quiero verlo, tengo algo muy importante que decirle!

—Creo que está arriba, aunque no sé si podrá verte, está muy líao... Pero si te sirvo yo, estoy a tu disposición, hermosa —le contestó el miliciano con una mirada lujuriosa y sin abandonar el medio cigarrillo de picadura que sostenía entre los labios.

Angustias hizo caso omiso a las insinuaciones y se perdió escaleras arriba. Al llegar frente al Sustos, le contó que en casa del maestro se escondía una muchacha, que tras su aspecto frágil y delicado se ocultaba una verdadera fascista. Había venido a Cuenca para refugiarse, ya que era de una familia burguesa muy reconocida en Madrid.

El dirigente no había hecho el menor comentario, se había limitado a garabatear lo que la mujer le decía.

—Has hecho muy bien, mujer, hay que borrar de Cuenca a todos los fascistas y burgueses. Esta misma noche dejará de ser una amenaza para los trabajadores. Puedes irte.

Al oír estas palabras, Angustias no había podido disimular una sonrisa de triunfo y siguiendo las indicaciones de Demetrio, se había dado media vuelta y no había parado de correr hasta que se encontró de nuevo cerca de su casa en la estación.

A la mañana siguiente Paulino se levantó muy temprano y salió de puntillas: no quería enfrentarse de nuevo a su madre. La noche anterior había sido dura. Apenas habían cruzado dos frases de buenas noches —«Que descanses, hijo. Sí que te vendrá bien dormir, que tienes muy mala cara»—, y ahora, al alba, solo se permitió unos instantes en la puerta de la alcoba materna, para observar el sueño placentero de la mujer y pedirle perdón por lo que se disponía a hacer ese día. Pasó toda la mañana mirando el reloj a la espera de que diese la hora acordada para verse con Angustias, y a las tres de la tarde caminó a paso lento hasta el árbol, testigo mudo de todas sus citas. Tenía que preparar muy bien todo y, lo más importante, calcular el tiempo, para que cuando ella llegara se encontrara con la situación irremediable.

Angustias había recibido la nota de su novio a primera hora de la mañana, pues la estación del ferrocarril era la primera cita del cartero, para recoger las sacas que depositaban el tren correo de Madrid. Al principio le extrañó un poco que Paulino la citara a través de carta, ya que siempre utilizaban el teléfono, pero pensó que tal vez no habría podido ocupar la línea y le había sido más fácil enviarle una nota a través de Amancio. A la hora de salir de casa ya tenía lista la coartada con la complicidad de sus hermanas para que, en caso de que su madre la echara en falta, estas pudieran darle una explicación coherente de dónde andaba. A las tres y media con el sol cayendo a plomo sobre su cuerpo, Angustias

salía de casa rumbo a su cita. Apenas le llevó quince minutos alcanzar la carretera que bordeaba el río. Estaba tan excitada que no reparó siquiera en el fuerte calor que hacía a esa hora de la tarde, concentrada solo en el encuentro con su novio y en el regocijo que le proporcionaba pensar que ya no había ningún obstáculo entre los dos y que su orgullo había quedado resarcido.

En ese instante Paulino hacía un fuerte nudo corredizo en uno de los extremos del trozo de soga que había cogido del sótano de la oficina. Después de comprobar que funcionaba bien, y tras colocar un sobre al pie del olmo, se encaramó cuerda en mano a una de las ramas más altas y sólidas y amarró el otro cabo a la rama. Con un fuerte tirón comprobó que soportaba bien su peso, pasó el lazo por su cabeza y se lo ajustó alrededor del cuello. A continuación y apretando con fuerza los dientes, saltó al vacío.

Según se acercaba al lugar del encuentro, Angustias se imaginaba el ritual de los primeros meses. El muchacho la aguardaría camuflado detrás del gran árbol sin hacer ningún ruido y cuando ella se acercara sigilosamente, se abalanzaría sobre su cuerpo, le arrancarían la blusa y ambos darían rienda suelta a su pasión desahogada hasta terminar exhaustos sobre la hierba, descansando a la sombra hasta la hora de tomar el camino de vuelta. Solo de imaginárselo sentía que la excitación se abría paso entre sus piernas.

Cuando apenas estaba a dos metros de distancia, le llamó la atención un suave rasgueo de las ramas, como si alguien se estuviera columpiando entre ellas. Llena de curiosidad, avanzó lentamente y al llegar junto al tronco se topó con algo que no habría querido ver ni en sus peores sueños. A la altura de los ojos, unas alpargatas colgaban de las piernas de un hombre y se movían al compás de un ligero balanceo. Nerviosa y confundida, Angustias levantó la vista para contemplar la cara amoratada de Paulino. De su boca colgaba una lengua larga y roja, y su cuerpo sin vida se mecía como un fardo por la inercia del golpe al precipitarse al vacío.

Mezcla de dolor, rabia y desesperación, la joven gritó, lloró, chilló y maldijo agarrada a los pies del cadáver de ese a quien ya casi sentía como su marido. De repente se vio vencida por Paulino y por Andrea. Ella había buscado venganza y al final sin quererlo, los dos habían sido los que se habían reído de ella. Extenuada se dejó caer al pie del árbol, y solo entonces reparó en el sobre que descansaba junto al tronco. Sin poder controlar el temblor de las manos, rasgó uno de los laterales para descubrir las últimas palabras de su prometido:

Espero que ahora mismo estés sintiendo el mismo horror y repugnancia que sentí yo al ver el cuerpo sin vida de Andrea, mancillado y acribillado a balazos por unos asesinos a los que tú incitaste con el único propósito de librarte de alguien que no te había hecho ningún mal, más allá de lo que se inventase tu mente enferma. Ahora me doy cuenta de lo mala persona que eres, de lo engañado que estaba y del monstruo que llevas dentro. He tomado esta resolución porque soy un cobarde, incapaz de cargar el resto de su vida con el peso de esta muerte en la conciencia. También porque no tengo valor suficiente para enfrentarme a ti y matarte con mis propias manos. Nunca seré tuyo y tú tendrás que penar toda la vida con las consecuencias de tus actos.

De todas formas, no pienses que tu maldad quedará impune, no dejaré que vuelvas a hacer más daño: tienes doce horas para desaparecer de esta ciudad para siempre. Antes de venir hasta aquí he escrito dos cartas: una al gobernador civil, para que sepan quién es la verdadera responsable de la muerte de Andrea y que un tribunal te juzgue y haga caer sobre ti todo el peso de la ley; otra a tu familia, para que conozcan cómo es esa a quien ellos toman por una buena muchacha, y que ha sido capaz de un acto tan atroz. Espero que tomes la decisión acertada. Sea cual sea, sin duda te apartará de todas las personas de bien.

Cuando Angustias terminó de leer la nota, estaba totalmente desquiciada. Luego la realidad la atrapó de golpe y el castillo de naipes se vino abajo. Sabía que le quedaba poco tiempo para actuar y dadas las circunstancias, no estaba en condiciones de fabricar una buena coartada para desmentir todo lo que Paulino les habría confiado en las cartas. Llena de ansiedad, estrujó el trozo de papel en la mano, hasta destrozarlo totalmente. Tenía que salir de la ciudad y pronto, si no quería que la descubrieran. Fuera de sí, emprendió el camino hacia su casa, y mientras se dirigía hacia allí tomó una decisión: esa tarde disimularía como pudiera, se acostaría pronto y a las seis de la mañana cogería el tren semidirecto a Madrid. Una vez en la capital, trataría de pasar desapercibida y entrar en contacto con personas que fueran contrarias a la República y la ayudaran a camuflarse dentro de la maraña de miles de personas que habitaban la gran ciudad hasta que la guerra tuviera un desenlace. Tal vez entonces ya nadie se acordara de ella, aunque de lo que sí estaba segura era de que jamás volvería a pisar la ciudad de Cuenca.

3

—Créame que lo siento mucho, pero la María me dijo que iba al médico y que me dejaba al chico. Yo pensé que vendría tarde y un poco bebida, como siempre, pero lo cierto es que en dos semanas no había aparecido y yo no podía mantener la situación —le dijo a Sixto una anciana que se había presentado como Agustina, la vecina de María.

—Pero ¿no le mencionó qué le pasaba? —insistió Sixto, gesticulando con el único brazo que tenía: el otro lo había perdido hacía tres años, en la batalla de Guadalajara—. Nosotros no tenemos muchos medios, pero entre toda la familia la hubiéramos ayudado.

El hombre se había presentado en el bloque de su cuñada María después de muchas indagaciones, y todo para encontrarse con la desagradable sorpresa de que hacía menos de una semana a su sobrino se lo habían llevado los del Auxilio Social a uno de sus hogares. Agustina cabeceó y bajó la voz una octava.

—Ya sabe usted que la María es un tanto atolondrada, de esas que tienen la cabeza a pájaros, y muy reservada con sus cosas... Solo Dios sabe qué ha podido ser de ella. Cuando se presentó aquí para vivir en la antigua casa de sus padres, ya le dije que estaba todo en ruinas y que era imposible, pero se empeñó y logró dejar el comedor habitable y allí hacían la vida el crío y ella.

—¿Y cómo pudo hacerlo sola? ¿De dónde sacó el dinero?

—Bueno, igual que le digo que era atolondrada, también era muy dispuesta, eso sí. Encontró una buena casa y se puso a servir.

La mujer debía reconocer que a ella misma le vino de perlas, pues antes de aparecer ella, la pensión que recibía como viuda de militar de guerra había quedado suspendida hasta que Franco pusiera al corriente toda la administración, y mientras tanto, como apenas tenía recursos para subsistir, se las tenía que apañar como pudiera. Agustina salía cada día a la calle con un bote de hojalata a recoger colillas y cuando lo llenaba —nunca era antes de las seis—, regresaba a casa, se sentaba en la butaca desvencijada, volcaba el bote sobre la mesa baja y se dedicaba a deshacer el botín del día para juntar las briznas de tabaco que los fumadores habían despreciado, con una proporción casi milimétrica. Luego hacía montoncitos que liaba en papelillos previamente comprados en el estanco, hasta reunir cuatro o cinco cigarrillos, según escatimara en la cantidad de tabaco que empleaba para rellenarlos. Al anochecer volvía a salir, y los vendía en los baruchos y tabernas del tramo de la Gran Vía comprendido entre la calle Valverde y la Ancha de San Bernardo, y así juntaba lo suficiente para, a duras penas, poder comer al día siguiente.

—Cuando la chica se instaló —continuó mientras le tendía a Sixto el vaso de agua que había ido a buscar a la cocina—, me propuso pagarme una cantidad de dinero si me quedaba con el chico durante el tiempo que ella estaba trabajando.

—¡Si no tenía necesidad! —la interrumpió el otro—. Si nosotros le ofrecimos quedarnos con él y ella no quiso.

—Ya le he dicho que era muy rara —asintió la anciana—, solo tenía una obsesión: encontrar a ese marido suyo, Antonio. Pensaba que si sobrevivía, tarde o temprano la buscaría y ella quería que la encontrara con su hijo.

De nuevo Sixto cortó la conversación.

—Pero si ella sabía que las últimas noticias recibidas de Antonio eran de febrero de 1939 desde Figueras, y que parecía muy raro que, de no haber muerto, pudiera volver a pisar España.

—Pues no había quien la convenciera —le contestó la vecina—. Así que, como le digo, desde el día del médico no he sabido nada y yo he tenido que volver a la calle. El chico se quedaba todo el día solo y los cuatro cuartos que saco no alcanzaban para los dos, así que a las dos semanas se lo dije al jefe de casa, el señor Laureano, y él avisó a los del Auxilio Social que a los dos días vinieron a llevárselo. De haber sabido sus señas, yo misma se lo habría llevado a ustedes, pero salvo los papeles del chico, no sabía de nadie de su familia.

Después de escucharla, Sixto le dio las gracias por lo que había hecho por su cuñada y su sobrino, y se despidió sin más. Mientras bajaba por la semiderruida escalera del bloque, pensó en el disgusto tan grande que se iba a llevar su mujer, Rosalía, y se prometió a sí mismo que trataría de encontrarle aunque tuviera que remover los hospicios de todo Madrid.

A la semana, Sixto ya sabía todo lo que le había ocurrido a su cuñada María y a su hijo. El primer sitio al que se dirigió al día

siguiente de que la anciana le comunicara tan tristes noticias fue a la secretaría del Hospital General, donde, tras revisar los archivos, un funcionario le confirmó que la paciente María Gallego había ingresado aquejada de un dolor agudo en el vientre, y que una vez examinada, los médicos diagnosticaron una cirrosis en un estado muy avanzado que le provocó la muerte a los pocos días. Como la paciente no llevaba encima ninguna documentación donde figurara un domicilio fijo, se dejó el cadáver en el depósito durante dos días y al no ser reclamada por nadie, fue inhumada en el cementerio de La Almudena en una fosa común.

—Si tiene usted interés en localizar la fosa, persónese en el cementerio y allí le darán razón —sugirió el funcionario, pero Sixto prefirió dejarlo estar: después de todo, ya no se podía hacer nada. Lo que sí le preocupaba era la suerte que pudiera haber corrido su sobrino y quería hacer todo lo posible por recuperarlo.

Durante varios días Sixto recorrió los hogares del Auxilio Social más próximos al centro de Madrid sin obtener ninguna pista, hasta que una de las cuidadoras del hogar de María de Molina le orientó al de la calle Arturo Soria, el de los hogares denominados «jardines maternas», que se encargaban de albergar a los niños de edades comprendidas entre los tres y los cinco años. Después de agradecerle su colaboración, Sixto abandonó el lugar y, recuperada un poco de esperanza, se dirigió al lugar señalado.

Nervioso frente a la puerta, tiró varias veces de la cuerda que hacía sonar una campanilla en el interior del recinto, y a los pocos segundos le abrió una joven ataviada con el uniforme de Falange que le miró de arriba abajo mientras le preguntaba por el motivo de su visita. El hombre le expresó su deseo de hablar con la persona responsable del hogar para ver si se encontraba ingresado un niño de cuatro años familiar suyo, y la muchacha le hizo pasar a una fría sala, donde la sola imagen de un enorme crucifijo flanqueado por los retratos de Franco y José Antonio resaltaban so-

bre las paredes desnudas, sin más mobiliario alrededor que unos austeros muebles de estilo Remordimiento.

—Espere un minuto aquí, por favor, voy a avisar a la supervisora.

Sixto se sentó en una de las oscuras y repujadas sillas y mientras aguardaba lleno de inquietud, retorció en su única mano la gorra que se había quitado nada más traspasar el recinto del edificio. Al poco apareció una mujer de mediana edad, morena, con un gesto adusto y altanero, que se dirigió hacia él arrastrando una leve cojera. Los años habían acentuado la dolencia de Angustias. Le estrechó la mano.

—Buenos días, ¿en qué puedo servirle?

—Buenos días —respondió Sixto tímidamente, sin apenas levantar la mirada del suelo—, usted me va a perdonar, verá... Estoy buscando a un niño de cuatro años y pico, sobrino de mi mujer, ¿sabe usted? Su madre se ha muerto hace nada. Hemos ido a buscarle a la casa donde vivían pero la vecina que lo estaba cuidando me ha dicho que no había podido hacerse cargo de él y se lo había mandado a ustedes.

—Aquí llegan todos los días muchos niños desgraciados, abandonados, huérfanos, hijos de presos rojos... En fin, se puede imaginar que necesito datos más concretos para saber si ese niño que busca se encuentra aquí —le contestó Angustias un tanto malhumorada.

—Claro, perdone, sí. Según me dijo la mujer que lo cuidaba, el chico salió de casa con sus papeles.

—Pero ¡hombre de Dios! Dígame ya cómo se llama el chiquillo y podremos terminar esta conversación —concluyó la supervisora.

—Antonio Moreno —se apresuró a responder Sixto, que de pronto se sentía como cuando era niño y salía al estrado ante el maestro de su pueblo.

Al oír el nombre, Angustias se sorprendió, pues se trataba del mismo que unas horas antes había mencionado a la directora y

con el que pensaban realizar un buen negocio, así que disimuló y fue tajante.

—Mire, ahora mismo ese nombre no me suena, tendría que consultar los archivos..., pero de todas formas le diré que para que el chico salga de aquí son necesarios unos requisitos que tiene que cumplir el que se haga cargo de él. Además de demostrar que cuenta con unos ingresos sólidos para su manutención, necesita un certificado de buena conducta expedido por la Guardia Civil y otro expedido por un sacerdote de su parroquia, donde conste que usted posee una moral religiosa intachable. Cuando disponga de todo eso, vuelva usted y le daremos toda la información, y si el chico está aquí, podrá iniciar los trámites para llevárselo.

Aquello bastó para echar por tierra las esperanzas de Sixto. Sabía que lo que le exigía la supervisora era imposible de conseguir: había luchado al lado de la República y como consecuencia de ello perdió un brazo, se libró de la cárcel de puro milagro y ahora solo contaba con los ingresos que le proporcionaba su puesto de chucherías en la esquina de la calle de Alcalá frente al bar Los Timbales; y en cuanto a los curas, nunca habían sido santo de su devoción, ni de su mujer tampoco... Rescatar al chico de ese hogar iba a ser imposible. Con estas reflexiones se dirigió a su casa donde le esperaban Rosalía y la pequeña Esperanza, que colmaba sus días de una gran felicidad.

Por su parte, después de la visita de aquel hombre reclamando al chico nuevo, Angustias quedó bastante preocupada y se dirigió al despacho de la directora.

—¿Da usted su permiso, doña Josefa? —se dirigió a ella vacilante.

La superiora se encontraba, como siempre, sentada en su escritorio perdida en un mar de papeles, y le hizo un gesto con la mano para que entrase.

—Perdone que la moleste de nuevo, pero debo contarle algo —arrancó ella—. Esta mañana ha estado en el hogar un individuo

preguntando por el chico nuevo que habíamos seleccionado para los de la delegación nacional. Según me ha dicho, es un pariente cercano y quería hacerse cargo de él.

—Le habrá informado usted de las condiciones —interrumpió rotunda la directora.

—Sí, claro. En ese sentido no hay que preocuparse, pues por el aspecto debe de ser un rojo desgraciado que no tiene donde caerse muerto. Pero de todas formas, creo que es bueno que aceleremos los trámites y nos quitemos al chico de encima cuanto antes.

—Estoy de acuerdo —asintió doña Josefa—. Ahora mismo llamo a los de la delegación para que nos envíen a los padres adoptivos. Mientras, usted vaya preparándolo para tener todo a punto en cuanto nos avisen.

La supervisora cerró la puerta tras de sí y se encaminó hacia el ropero donde cogería todo el ajuar para el pequeño. Mientras se dirigía hacia allí, lanzó un hondo suspiro y pensó en la suerte que había tenido desde que llegó a Madrid, hacía ya cerca de cinco años, después de todo lo ocurrido. Rememoró cómo se vio obligada a abandonar Cuenca aquella madrugada de finales de julio de 1936, en tren, sin nada salvo los pocos ahorros que había estado guardando de la nimia asignación que le daba su padre para sus gastos y un pequeño bolso de mano con apenas una muda para no levantar sospechas. Todo para evitar su detención y aun la muerte a manos de los milicianos anarquistas por su falsa delación.

En Madrid no conocía a nadie y tuvo que vérselas y deseárselas para salir adelante. Cerca de la estación de Atocha, en la calle del Doctor Fourquet número 8, a espaldas del Hospital General, encontró una casa de huéspedes limpia y discreta y cuya casera, doña Justa, la admitió sin hacer ninguna pregunta. A los pocos días las dos mujeres habían congeniado bastante; así pudo enterarse de que la dueña tenía un sobrino que pertenecía a las milicias de la CNT y por tanto su pensión era de las más seguras de la

capital, ya que gracias a su pariente, nadie molestaba a los huéspedes con registros incómodos a altas horas de la madrugada. Una y otra se entendían bien, y al poco la patrona le ofreció trabajar para ella atendiendo a los huéspedes en el comedor. Así fue como consiguió techo y comida asegurada sin tener que tocar su escaso peculio. A los dos meses de estar allí, conoció a Jenaro, un huésped taciturno y huraño, de modales secos y pelo ralo, que no se relacionaba con nadie, pero que a ella le había cogido ley porque en esos momentos de escasez de alimentos en la capital, siempre colmaba su plato de sopa. Gracias a ese trato especial y a las furtivas miradas de lascivia que el hombre le dirigía, fue venciendo su mutismo e introversión, circunstancia que Angustias aprovechaba para acercarse a él, pues necesitaba a alguien en quien apoyarse y que la protegiera. Así, cada noche terminaba las veladas charlando con ella delante de un vaso de aguardiente del que doña Justa guardaba en su despensa particular. Llegado el momento oportuno, al calor de las sábanas y el sosiego de los cuerpos después de un coito desesperado, Angustias le contó una historia inventada sobre los motivos que la habían traído a Madrid: no le había quedado más remedio, le dijo, que dejar de la mañana a la noche su ciudad natal para salvar la vida ante los grupos incontrolados de anarquistas.

Por su parte, Jenaro le confesó que tras su aspecto desaliñado y proletario, y aunque poseía un carné de la CNT, esto no era nada más que una tapadera y un nombre falso, ya que pertenecía a una buena familia madrileña. También estaba en contra de la República y desde su llegada a Madrid había contactado con la quinta columna y había entrado a formar parte de una organización clandestina dependiente de la Falange denominada «Las Hojas del Calendario», cuya misión consistía en infiltrarse en las instituciones republicanas y fábricas de armamento para emprender actos de sabotaje, espionaje y en general en todo aquello que provocara la caída de la capital de España.

Además de convertirse en su amante, Jenaro se ofreció a ayudarla y le proporcionó un contacto para ingresar en una de las primeras organizaciones que los falangistas habían creado en Madrid, el auxilio azul María Paz, formado casi al comienzo de la contienda. Se componía íntegramente por mujeres y se llamaba así en honor de su impulsora, María Paz Martínez Unciti, considerada una mártir, pues fue ejecutada tras ser detenida por un grupo de milicianos en el barrio de Vallecas y permanecer varios días en la checa de Fomento, donde la sometieron a distintas torturas. A Angustias le explicaron que su trabajo en la institución consistiría en buscar refugio a los falangistas perseguidos, proporcionar comida y ropa a los presos y, sobre todo, visitar las embajadas donde se hallaban refugiadas familias burguesas de clase alta y suministrarle comida y artículos de primera necesidad. Desde luego que ella era consciente del grave riesgo que corría, pero pensó que después de todo ya no tenía nada que perder y, sin embargo, le brindaban la oportunidad de conocer a muchas personas que bien podrían serle de utilidad después de la guerra.

Durante toda la contienda colaboró activamente en la organización, se afilió a la Falange y demostró un gran celo en el cumplimiento de su trabajo, de modo que cuando se proclamó la victoria de las tropas de Franco en abril de 1939, en compensación a su entrega y esfuerzo, fue nombrada supervisora de uno de los hogares más importantes del Auxilio Social, el mismo al que se había dirigido Sixto en busca de Antonio: de la calle Arturo Soria.

Siempre que pensaba en esto experimentaba un cierto regocijo, pues aunque jamás volvió por Cuenca, ni supo la suerte que corrió su familia, se sentía satisfecha. A fin de cuentas, había logrado alcanzar un puesto destacado en la organización burocrática del régimen franquista y un estatus social dentro de las élites del poder, algo que jamás habría conseguido de haber permanecido en su ciudad natal. Se habría casado con el débil de Paulino,

las ideas republicanas habrían llevado a su esposo a la cárcel y, en el mejor de los casos, ella habría terminado viviendo con sus padres o trabajando de criada en la casa de algún cacique de la ciudad. Así que se felicitó a sí misma y concluyó que, después de todo, estaba de enhorabuena.

El fuerte olor a naftalina y lejía que invadía la habitación la devolvió a la realidad, y tras completar el ajuar con gestos bruscos, salió de allí dando un fuerte portazo, que cerraba al mismo tiempo tanto el aséptico cuarto como su vida anterior: un portazo a su pasado.

4

El niño llevaba sin hablar una palabra desde que llegó al hogar. En los diez días que había permanecido en Arturo Soria, nadie había conseguido arrancarle una sola sílaba, ni siquiera cuando una de las cuidadoras le cogió de la mano para conducirlo a la sala de espera y le dijo con una sonrisa en la boca que sus papás lo esperaban, aunque en esta ocasión al menos al pequeño se le iluminó la cara. Le duró menos de un minuto: al entrar al cuarto asido a la mano de la mujer, la sonrisa se esfumó y unos gruesos lagrimones resbalaron por sus mejillas. En lugar del rostro familiar de su madre, encontró a una pareja que aguardaba impaciente sentada en el borde del sofá. Se trataba de un hombre vestido de uniforme militar del arma de ingenieros, el comandante Ramón Mairena y García de Mendoza, y de su mujer Isabel Montijo y Rodríguez de la Cueva, hija de los marqueses de Alamedilla, alta y delgada de aspecto elegante, que le sonreía al tiempo que le alargaban los brazos invitándole a dirigirse hacia ellos.

El niño permaneció inmóvil sin soltar la mano de la funcionaria, que trataba de empujarle hacia delante, hacia esos a quienes llamaban «sus padres».